

pues muchos pensaban que sólo comprarían «ladrillos en el aire». Poco a poco y, en gran parte, merced a los buenos ejemplos de edificios de vivienda colectiva, principalmente en el barrio Pocitos, frente a la Rambla y al Mar –como insisten los uruguayos en llamar al Río de la Plata– el público apreció las ventajas que proporcionaban tales inmuebles y aprendió a convivir y a compartir obligaciones con los demás condóminos.

En 1952, Raúl Sichero Bouret, levanta su primer y mejor edificio de «propiedad horizontal» sobre la rambla, esquina Guayaquí: La Goleta. Sobre pilotes, con «planta y fachada libres», «ventana a todo lo largo», «terraza-jardín» y *brise-soleil*, constituye un edificio nítidamente «corbusiano», visto a través de la óptica brasileña de Oscar Niemeyer.

En 1955, Luis García Pardo proyecta uno de sus más logrados edificios, que sigue siendo de una modernidad destacable: el Gilpe, en avenida Brasil. A su entrada, sobre la medianera, figura un mural realizado con diferentes mármoles por el plástico Vicente Martín y el jardín posterior lo diseñó el reconocido paisajista brasileño Roberto Burle Marx. García Pardo, junto con Adolfo Sommer Smith, concretan, en 1958, en la avenida Luis P. Ponce esquina Charrúa, el edificio Positano, con una elegante solución estructural en *cantilever* debida al prestigioso técnico nacional Leonel Viera, autor, entre muchas otras obras, del puente ondulado sobre la Barra de Maldonado. La jardinería también la diseñó Burle Marx y la escultura en «chatarra» pertenece al plástico Germán Cabrera.

Los ejemplos prosiguen a lo largo de la década. En 1959, Raúl Sichero realiza uno de sus proyectos más ambiciosos: el edificio Panamericano, frente al puerto del Buceo, sobre la «rambla» de Montevideo. Lamentablemente, razones económicas impidieron la realización total de la idea: sólo se construyó la mitad de la «pantalla» elevada sobre elegantes pilares en «V». La idea original preveía otro block de iguales dimensiones que el ejecutado, formando un pequeño ángulo entre uno y otro. El pequeño pabellón exento delante del edificio, que fue estudio del arquitecto durante algunos años, es una joyita de sabor «miesiano».

En 1957, los arquitectos Luis García Pardo y Adolfo Sommer Smith levantan el edificio El Pilar, en la confluencia de bulevar España, avenida Brasil y la rambla de Pocitos. Todo el inmueble está sustentado por un único pilar hueco de hormigón armado, que alberga en su interior la escalera y el ascensor; de él surgen ménsulas –también de hormigón– de cuyos extremos penden tensores metálicos que sostienen a los entresijos. El cálculo de su audaz estructura –considerada por el tratadista germano Udo Kultermann la primera en su género–, la realizó el prestigioso técnico compatriota Leonel Viera. El autor de estas líneas proyectó y construyó en ese

mismo año el chalet Ñacurutú, en Punta del Este, seleccionado en la Segunda Bienal de Arquitectura realizada en dicho balneario y posteriormente publicada por la revista francesa *L'Architecture d'aujourd'hui*, (171, París, enero-febrero 1974).

La arquitectura religiosa recibe también el impacto de esa modernidad integrada con las artes plásticas. La iglesia de Soca, en el departamento de Canelones, debida al arquitecto catalán Antonio Bonet Castellana y la iglesia de Atlántida, del ingeniero Eladio Dieste, ambas situadas en el departamento de Canelones y construidas en 1959. La iglesia de Soca responde a un sencillo pero novedoso agrupamiento de volúmenes que forman, especialmente, una cruz latina. La nave principal es un prisma recto de base triangular, acostado sobre una de sus caras y seccionado en ambos extremos por planos inclinados. Sobre uno de ellos se encuentra la entrada y, sobre el opuesto, el ábside. Estos planos –voluntariamente alejados de la vertical–, dan un gran dinamismo al conjunto. El crucero lo forman sendos tetraedros adosados al volumen principal; en realidad, el transepto es virtual, pues la planta a nivel de suelo es rectangular. Todo el conjunto está realizado según triángulos premoldeados de hormigón conteniendo vidrios de colores también triangulares, por lo cual la luminosidad del recinto es espectacular. Abandonada en años subsiguientes y no clasificada como monumento histórico, la iglesia de Soca forma parte de un patrimonio que hay que recuperar.

La iglesia del Cristo Obrero de Atlántida es otra sabia lección de arquitectura, brindada por un ingeniero con alma de arquitecto. La originalidad de la obra de Dieste radica en haber sabido amalgamar con arte, ladrillos, mezcla y una armadura inserta entre las juntas, para levantar paredes curvas –pero regladas– y techos de enormes *lucos* con superficies de doble curvatura. Los tres materiales pesan menos que similar volumen de hormigón armado; en consecuencia, al alivianar las estructuras, pudieron ser más osadas y gráciles y brindar un efecto de rara belleza plástica. Dieste marcó a los arquitectos una senda a transitar sumamente válida, por lo que sus experiencias con «cerámica armada» fueron utilizadas en diferentes tipos de edificios (bancos, establecimientos industriales o comerciales, estaciones de ómnibus, etcétera). El Montevideo Shopping Center (1983), de los arquitectos Gómez Platero, López Rey, Cohe & Dieste –como más adelante comentaremos– ofrecería una de las aplicaciones más destacadas.

Otro interesante ejemplo de arquitectura religiosa en Uruguay es la capilla que Joël Petit de la Villéon construye en Maroñas para las Hermanas Dominicas. Desde la calle no se la percibe, ya que un alto cerco de mampostería la oculta. Traspuesto el portón-reja de acceso comienza –como

decía Le Corbusier– *une promenade architecturale* de sorprendente calidad. La capilla de Maroñas debe mucho a Ronchamp, de más está decir. Pero no es, en manera alguna, una copia servil. Es una recreación «en el estilo de», pero que demuestra que se pueden hacer variaciones sobre un mismo tema cuando hay imaginación y sensibilidad.

Reciclar y resemantizar lo existente

En la década del setenta, nuevos aires se hacen presentes en Uruguay. Llegan con una moda –reciclar edificios existentes, reconstruyéndolos y renovándolos para adaptarlos a nuevas funciones– que la crisis económica favorece. Como siempre ocurre, la «novelería» cundió rápidamente, y muchos profesionales –jóvenes, sobre todo– se dieron con unción a la tarea de «resemantizar» y «refuncionalizar» cuanto edificio del pasado les cayera en manos, sin detenerse a pensar si los inmuebles en cuestión poseían valores tan destacados para merecer su conservación. Se pasó de un extremo a otro. El movimiento moderno había desdeñado la arquitectura ecléctica del siglo XIX, juzgándola engañosa, fútil, sin trasfondo conceptual de peso y, con verdadera fruición, aprovechó cuanta oportunidad se le brindó, para demoler un representante de esa modalidad, a fin de sustituirla por una construcción *moderna*.

En 1970, Rafael Lorente (h) y Thomas Sprechmann concretan un reciclaje de la antigua *Tienda Introzzi*, para adaptarla a laboratorio de análisis y ensayos (LATU). El edificio existente, del año 1922, fue hábilmente retocado para adaptarlo a la nueva función. Los proyectistas mantuvieron las líneas generales de la fachada, aunque le agregaron un piso más y modificaron el ventaneo existente, adicionándole nueve salientes en *bow window*. Esta cirugía facial le brindó renovada juventud. El tema del reciclaje hizo furor y obviamente la gran mayoría de los que se efectuaron no tuvieron la calidad del primero. Si antes se tiraba abajo un edificio –sin tener en cuenta si era valioso o no– a fin de construir uno nuevo, se pasó, sin transición, al extremo opuesto de querer mantener todo lo existente, por el solo hecho de ser añejo. La Comisión del Patrimonio Histórico, Cultural y Artístico de la Nación y la Comisión de la Ciudad Vieja realizaría en ese sentido una ardua labor de preservación de lo que realmente merecía ser considerado monumento histórico impidiendo su desaparición bajo la implacable «piqueta del progreso». En este marco se inscribe el reciclaje de la planta industrial y embotelladora de *Cervecerías del Uruguay* transformada en 1987 en el Conjunto Habitacional Cuareim por un equipo de arquitectos

(Nelson Inda, Horacio Rodríguez Pardiño, Juan Carlos Apolo, Martín Boga, Álvaro Cayón y Gustavo Vera Ocampo).

Sin embargo, no todo es arquitectura de prestigio en zonas residenciales o reciclamiento. A fines de la década del sesenta se da un gran impulso a la construcción de viviendas populares con la creación en enero de 1969 de la Dirección Nacional de Vivienda (DINAVI). Su director, el arquitecto Ildefonso Aroztegui, propició la construcción de grandes complejos habitacionales que fueran modulables, lejos de la monótona concepción formulada por Ludwig Hilberseimer en 1927, donde una serie de bloques paralelepíedicos iguales se prolongan en una City Imaginaria. En el Complejo Bulevar, proyecto de los arquitectos Ramiro Bascans, Thomas Sprechmann, Arturo Villaamil y Héctor Vigliecca, en un amplio predio con frente a bulevar Artigas, se dejaron huecos, se imaginaron espacios flexibles que posibilitaran el crecimiento y se proyectó una atractiva imagen de «objeto inacabado» .

El núcleo habitacional del barrio VICMAN, levantado entre 1971 y 1973 por el arquitecto Alfredo Nebel Farini en la zona popular de Camino Carrasco, se inscribe en esta misma preocupación: conciliar una arquitectura para familias de modestos recursos con una funcionalidad estética. El resultado –bloques de apartamentos de cuatro niveles y viviendas unifamiliares, terminados en ladrillo a la vista– al que se suma un armónico acondicionamiento paisajístico del contorno a cargo de los ingenieros agrónomos Pablo B. Ross & Botazzi, es digno de señalarse.

Un tercer buen ejemplo de esta preocupación fue el barrio San Martín (1973), en el departamento norteño de Salto, concebido para brindar alojamiento a los técnicos que iban a trabajar en la represa de Salto Grande, sobre el río Uruguay. El proyecto fue realizado por INVE (Instituto Nacional de Viviendas Económicas), ente estatal que designó al arquitecto Mario Harispe, director encargado del diseño. De excelente factura, el conjunto habitacional, compuesto por diversos bloques (en general de planta baja y tres pisos altos) fue muy bien insertado en el terreno, aprovechando, con gran criterio y sentido estético, sus desniveles naturales. La terminación de los distintos edificios y casas de los ingenieros se confió al «hormigón visto» y a ladrillos de campo «plateados». El barrio posee, además, una escuela, mercado, un centro social y una policlínica.

La fiebre especulativa de los setenta

La afluencia de capitales (bien habidos y *negros*) que atrajo el Uruguay a fines de la década del 70 fue insólito: una verdadera fiebre de especulación